XXVII.

ULTIMAS VICISITUDES.

Un silencio perfecto reinaba á aquella hora en el palacio de Villepreux, silencio que duraba desde la cruel explicacion en que Brettecourt revelara á sus amigos el pasado infamante del padre de Edith.

La anciana marquesa no habia vuelto á ver

á su hijo.

Despues de despedirse de Brettecourt, la madre de Honorato preguntó por él y Guepin

la respondió.

—El señor marqués se ha encerrado con el señor conde y ha dado órden de que nadie les interrumpa.

La señora movió tristemente la cabeza.

-¡Pobre niño! murmuró. Ÿ en su interior añadió:

—Mi hijo es indigno de tal abnegacion. Demasiado adivinaba lo que estaba pasan do en el espíritu del padre y en el del bijo: el marqués se escondia para escapar á los reproches de su madre y Federico se colocaba entre su padre y su abuela.

Hijo respetuoso, no obstante la indignidad de su padre, el jóven, á pesar de todo, no se creia con derecho para juzgarle y hasta encontraba, en su cariño, razones que le discul-

paran.

Alcanzó á su padre en el instante mismo en que éste, con la cabeza descubierta y la mirada extraviada, iba á salir del palacio.

En aquel momento Honorato sentia no haber tenido energía bastante para matarse. Esta última humillacion habia sido demasiado fuerte.

Federico le cogió afectuosamente en sus brazos y le obligó á subir otra vez al principal.

- Venid, padre mio, decia, no quiero que

os separeis de mí.

Encontró à Guepin que, segun su costumbre, habia estado escuchando en las puertas y daba vueltas por los pasillos, tan asustado como su amo.

-¿Qué tiene el señor marqués? balbuceó temblando el criado.

-Nada, replico Federico.

Y con una mirada detuvo otras preguntas que iban á salir de los lábios de aquel bribon. Como Guepin quiso entrar al mismo tiempo que él en la habitacion del marques, le despidió bruscamente, pues no queria testigos allí.

-Padre, dijo el jóven con mucho cariño, es

preciso que descan-éis.

Cerró las puertas y despues cuidó á Hono-

rato como si fuese un niño.

El marqués estaba tiritando y sus piernas temblaban como si no tuvieran fuerza para sostenerle. Federico le obligó á que se recostase en un sofá, despues cogió las mantas de la cama y le envolvió con ellas repitiendo:

-- Descansad tranquilo, padre mio!

¡Querido hijo! balbuceaba Honorato,

¿creeis, no es verdad, que ignoraba?.....

—No hableis ya de esas cosas, padre; creísteis obrar bien..... ¡Dios ha permitido que la luz nos iluminara con tiempo! ¡Démosle gracias!

-Pero, ¿qué va á suceder?

—¡Esperemos! Nuestra honra está en manos de unos miserables, más nuestrot fieles y queridos amigos velan por ella. ¡Esperemos!

- Y si no pudieran salvarla?

-Moririamos juntos, respondió sencilla-

mente Federico.

Hubo un instante de silencio y despues Ho-

norato preguntó con timidez:

—¿Crees tú que á pesar de cuanto ha pasado, Juan y el general?.....

-Padre mio, he oído al conde decir á mi

abuela que se encarga él de todo ahora. Sé que gracias á mi amigo Juan, el dinero necesario está pronto..... Por consiguiente, nos está dado esperar. Más tarde arreglaré estas cuentas con mi amigo, mi hermano, puesto que habéis consentido en su casamiento con Enriqueta; mi abuela se decidirá si es preciso, á vender este palacio, venta que se hará sin apresurarnos y sin dejarnos explotar; de este modo podremos pagar á Juan todo lo que nos adelanta hoy; pero si nos salvamos, á él se lo deberemos.....

—¡Se conduce como si fuera un Villepreux! murmuró lentamente el marqués.

Puesto que va á formar parte de nuestra

familia, es natural que lo haga así.

Federico aceptaba la abnegacion de su amis go sin titubear: el agradecimiento no le era molesto respecto á un hermano. ¿No hubiera él obrado lo mismo en su lugar?.....

El marqués no habló más, habia cerrado los ojos y por momentos parecia dormitar. No se

atrevia á mirar á su hijo

De cuando en cuando le cogía las manos y se las besaba.

Se encontraba pequeño y cobarde ante la desgracia; y el remordimiento que habia empezado á desarrollarse en su alma aquel dia, le acometía con más violencia.

Las señoras de Villepreux se habian reuni-

do en la habitacion de la abuela. Enriqueta las acariciaba á ambas, procurando en vano enjugar sus lágrimas y consolarlas de aquel pesar cuya causa ignoraba y que tan tristomente habia venido á interrumpir su sueño de felicidad.

Al anochecer, un mandadero se presentó llevando una esquela dirigida á la marquesa viuda, dicha carta decia lo siguiente:

"Señora: segun lo esperaba, todo está terminado satisfactoriamente. Nada teneis que temer ya para ninguno de los que amais.

Iré à veros esta noche, con mis amigos, pa-

ra haceros ver lo feliz que soy.

Me pongo respetuosamente á vuestros piés.

-Enrique de Brettecourt."

La anciana se la hizo leer á Julieta y despues colocándola de nuevo en el sobre, dijo á su nieta:

-Lleva esto á tu padre

Cuando la niña volvió, encontró á ambas señoras de rodillas y rezando con fervor.

-¡Arrodillate á mi lado, la dijo su madre,

y demos gracias á Dios!

—¡Y bendice á tu prometido! añadió su abuela, pues acaba de salvarnos de un gran peligro.....

-Qué peligro es ese?

—Juan es el único que tiene el derecho de explicartelo un dia si cree deberlo hacer, dijo

Julieta e trechando á su hija contra su corazon. ¡Recemos!

Cuando acabaron su oracion, la anciana pre-

guntó:

-¿Qué te ha dicho Federico?

—¡Oh! no queria abrir; ha sido preciso que le dijera mi nombre.....

-¿Has visto á tu padre?

—Ší, se halla bastante mal y mi hermano le está cuidando. Federico me ha prometido que me cederá su puesto por una parte de la noche,

-¿Han leido la carta delante de tí?

—Sí, y la cara de mi hermano se ha iluminado con un rayo de alegría; entregó la carta
á mi padre, diciéndole: "¡Ya veis la razon que
tenia yo para esperar!" Y cuando mi padre
hubo leido la esquela, me ha parecido más animado y contento.

Sin embargo, ni el padre ni el hijo se pre-

sentaron à la hora de comer.

La noche llegó, y en silencio aguardaban todos con febril ansiedad la llegada de Brettecourt. Se preguntaban de qué amigos hablaba en su carta; pero en cuanto á Enriqueta, á quien habian anunciado la visita del general, lo único que deseaba era que le acompañase su hijo adoptivo.

A eso de las nueve, se oyó el tintineo de la campanilla, y algunos minutos despuevizel conde de Brettecourt entraba en el salon, llevando del brazo á Luisilla. El señor Florimont, ménos valiente, venia algo detrás, empujado por el general.

La marquesa viuda comprendió el pensamiento de Brettecourt, y á pesar del resentimiento que sentia aún contra el notario, abrió los brazos exclamando:

- Ven á abrazarme, ahijada mia!

Y estrechándola cariñosamente contra su pecho, ofreció al mismo tiempo su mano á Florimont, diciéndole;

—¡Me habeis apesadumbrado mucho vos; pero lo olvido todo hoy, pues si así no lo hiciera, Enrique no me lo perdonaria.

Florimont se inclinó y besó respetuosamen-

te la mano de la anciana.

Habia preparado durante el camino un pequeño discurso para explicar cómo habia tenido razon en todo cuanto habia hecho; pero en el momento de pronunciarlo, le pareció que una demostración de respeto era la mejor de las explicaciones.

Desde los brazos de su madrina, Luisilla pasó á los de Juli ta y simultáneamente Enriqueta la abrazaba con loco cariño.

— Y vosotros! exclamó la marquesa, ofreciendo ambas manos á Juan y á Brettecourt, ¿cómo agradeceros?.....

—¡Chiton! dijo el conde, el vizconde tiene muy mal genio; no permite que se hable de esas cosas.

-Euriqueta, dijo á ésta su madre, avisa á

tu padre y á tu hermano.

Federico llegó en seguida, pero solo.

—Dispensad á mi padre, dijo, no está realmente en estado de venirá daros las gracias y me ha encargado que lo hiciera yo en su nombre.

Federico hablaba dificilmente, pero con firmeza; su semblante estaba horriblemente de mudado. Se dirigia á Juan y á Brettecourt, pues en el primer momento no vió más que á ellos.

Cuando apercibió á Luisilla y á su padre, el jóven se turbó un instante. La jóven corrió hácia él y le dijo con ternura:

-¡Perdonadme, Federico; habia dudado de

vos!

No era para ella para quien imploraba el perdon; pero si para su padre, que se hallaba temblando desde que el joven habia entrado en aquella camara.

Cog ó á Federico de una mano y le llevó

delante del notario.

Ambos se dieron un silencioso apreton de manos.

Despues, Federico, c yendo de rodillas delante de Brettecourt, quiso hablar; pero los sollozos se lo impidieron.

LA AMERICANA. - 6

El conde le levantó con viveza, comprendiendo que el pobre jóven imploraba piedad para su padre.

-¡Gracias!

Fué todo lo que Federico pudo pronunciar en medio de sus lágrimas.

Brettecourt procuraba calmarle.

En fin, el conde de Villepreux se echó en

brazos de Juan. -¡Ah! ¡hermano! ¡hermano! exclamó. Sin ti, sin tu madre, ¿qué hubiera sido de noso-

- Callata! dijo Juan. Esto es cosa nues-

tra. Más tarde.....

—Sí, más tarde volveremos á hablar..... Entonces Federico cogió á su hermana por la cintura y llevándola cerca de Juan:

-Abraza á tu prometido, la dijo. Se oyeron dos exclamaciones:

-¡Juan! ¡mi amado Juan!

- Enriqueta!

Y mientras que ambos jóvenes se abraza-

San con locura, Federico añadió:

- Am ale mucho, hermana mial..... ¡Nunca le querre mos tanto como merece!..... ¡Adios, amigos mios, permitidme ahora que vuelva al lado de mi padre!

Federico se fué nuevamente al cuarto del márques y le contó cuanto acababa de pasar, esperando que esto le haria recuperar sus perdidas fuerzas; pero al contrario, Honorato parecia cada vez más agoviado. Tanta abnegas cion le hacia avergonzarse de si mismo.

Al dia siguiente, el palacio de Villepreux. ó por lo ménos la parte habilitada, habia to-

mado un aire de fiesta.

Desde por la mañana, Enriqueta y Federico colocaban flores por todas partes en el gran vestíbulo, en la magnífica escalera y en todas las habitaciones.

No fué por su gusto por lo que Federico dejó solo á su padre; pero como este se halla-

ba mejor, dijo al jóvena

-Te lo ruego, querido, déjaine, me siento bueno; ocupate de recibir bien à tus amigos.

La anciana marquesa habia querido reunir en aquel primer dia de dicha sin sombra à todos los que amaba, y á quienes consideraba ya como formando parte de su familia.

Federico y Enriqueta, olvidando poco á poco sus angustias, no pensaban más que en la

alegría que los embargaba.

Enriqueta decia:

-¿Crees tú que le gustarán á Juan las flo-

res así esparcidas?

-Sí, hermanita.....Todavía más en desórden, más sueltas..... Luisilla tampoco gusta de los ramos amañados.

La anciana marquesa los interrumpia á ves ces, yendo á examinar su trabajo, y poniendo con gravedad su mano encima de sus ojos, en forma de pantalla, elogiaba el gusto de sus nietos.

-No sé cómo os las arreglais para colocar todo esto con tanto primor, les decia, es de

creer que el amor os inspira.....

Julieta tambien recorria las habitaciones; abrazaba á sus hijos sin decirles una palabra, y volvia á la cocina para vigilar el almuerzo, pues habia sido preciso que la gran señora se ocupase minuciosamente de tales cosas.

-¡Ya sabes, le habia dicho su suegra, que

Brettecourt es algo goloso!

En fin, á las doce, todos aquellos buenos amigos estaban reunidos, y conversaban alegremente en el comedor.

Y como la dicha rejuvenece, hasta los an-

cianos parecian jóvenes.

Nadie hubiera creido que el conde de Brettecourt pasaba ya de los cincuenta años, y mamá Renaud.....

-Vamos, señora Renaud, preguntó la marquesa, es preciso que nos digais los años que

teneis.

Y todos se admiraron cuando la bisabuela afirmó que aun cuando se aproximaba á los ochenta, todavía la faltaba para llegar á ellos un buen trozo.

- ¡Setenta y siete! rectificó María.

-¡Eres demasiado cequeta!

El notario Florimont miraba con alguna envidia a aquella anciana tan derecha, tan viva, y con una cara en la que se veía como un buen reflejo de su pasada hermosura, mientras que él era grueso, pesado y vulgarote.

Verdad es que era excesivamente amante de la buena mesa y aquel dia estaba comiendo con una felicidad, una paz y una tranquilidad, que habian huido hacia bastante tiempo de su

lado.

Su hija le habia abrazado cariñosamente por la mañana, le habia mimado, le presentó su pipa y el tabaco, y le habia llamado "¡Mi querido papaito!"

A todas estas satisfacciones, se añadia la de que su hija seria condesa, y más tarde marquesa, sin que hubiese tenido que desembol-

sar un céntimo.....

¡Marquesa de Villepreux! Por más que se mire un título como cosa de poca valía, sin embargo, gusta à cualquiera jóven que la llamen "marquesa." Además, se proponia envolver à Federico en la red de un contrato dotal, que seria para los padres de familia un , modelo de prevision.

Y miraba de reojo y con malicia á los jóvenes enamorados que, á pesar de su perfecta

educacion, hablábanse en voz baja.

En aquel almuerzo no faltaba más que un miembro de la familia, el marqués de Villepreux; éste habia rogado á su hijo que le disculpase otra vez, pues sin estar realmente enfermo, se sentia agobiado por la fatiga y necesitaba reposo.

Cuando María Renaud llegó con su hijo y con su abuela, los estuvo mirando desde la ventana, pues los estaba acechando con impaciencia.

Y murmuró al verles:

-¡Entran como amos en esta casa, en que nada soy ya! ¡Antes triunfó el mal, hoy triunfa la virtud!

Durante el almuerzo, miéntras que le servian platos que apenas tocaba, no pudo ménos de echar una mirada retrospectiva sobre los acontecimientos que ocurrieron despues de la muerte de su hermano; se acordó de sns sordas é infames maquinaciones, del encuentro de María Renaud, del cuartito de la plaza de los Vosges y de su ruin mentira.

Volvia á ver ahora á aquellas dos mujeres, y si no habia querido asistir al almuerzo, era porque temia hallarse enfrente de ellas, y sobre todo de la anciana.

Ya habia visto á María Renaud y no le asustaba; pero la abuela le producia un verdadero espanto.

Sin embargo, seria preciso que la viera un dia ú otro, puesto que estaban destinados á · pasar juntos lo que le quedaba de existencia, y como es natural, la bisabuela no querria separarse de su biznieto.

Se habia figurado que mamá Renaud debia ser una ancianita casi impedida, un ser sin importancia, y se habia quedado completamente anonadado al verla atravesar el patio con paso tan firme como decidido, y tan fresca como antaño.

-¡Bah! murmuró para envalentonarse, ¿acaso se acordará de mi esa buena anciana?..... Debe de estar muy orgullosa por hallarse en esta casa..... En diez minutos haré su conquista.

En aquel momento rechazaba el remordimiento, miraba de frente el porvenir, pensando en asegurarse todavía una vida dichosa.

Despues de almorzar, se decidió de repente; refrescó su cara con vinagre, y se fué al salon.

A nadie encontro allí, y oyendo ruido en el piso bajo, se dirigió hácia la escalera, y escu-

Abrian algunas puertas con dificultad, y luego se percibian gritos de admiracion.

¡Qué hermoso! ¡qué grande!

-Mi madre, dijo, se ha decidido á abrir los salones que le obligue à cerrar.

Despues se encogió de hombros.

-¡Bah! darau ahora fiestas en ellos. Gozaré como si los ordenara yo, Será preciso amueblarlos otra vez, necesitarán de mis consejos, porque esos niños no entienden nada de eso. ¡Vaya, marqués, la buena vida no ha acabado todavía para til.....

Aquel que dijo que nunca hay que deses-

perar, era un sabio.

Entró otra vez en el salon de su madre y

aguardó.

Algunos momentos despues, la marquesa viuda, mamá Renaud, María y Brettecourt res

gresaron tambien à él.

Los jóvenes, Julieta y el notario se habian quedado en los salones del piso bajo, formando ya proyectos para la gran fiesta que allí se verificaria el dia en que se firmasen los contratos de boda. Luisa habia pretendido que ambos se celebraran en un mismo dia, porque su amor propio la hacia preferir el palacio de Villepreux á la sombría casa de su padre.

Hablaban todos á la vez, y Luisilla, sin motivo aparente, soltaba sonoras carcajadas, y esto les impidió oir el terrible grito que se escapó del pecho de mama Renaud cuando vió

á Honorato.

La marquesa viuda en extremo turbuda, se apresuró á decir:

--Señora, tengo el gusto de presentaros á

mi hijo, el marqués de Villepreux.

—¡Ah! jeste señor es marqués! dijo mamá Renad con acento despreciativo. ¡Pues biens! Honorato habia dado algunos pasos hácia atrás, y pegado á la pared permanecia mudo, fijando en mamá Renaud una mirada extra-

viada.

—¡Mamá! ¡mamá, cállate! exclamó María con tono suplicante. ¡Cállate!

- No, no! dijo la marquesa con autoridad,

hablad, señora.

Mamá Renaud, mirando alternativamente á Honorato y á la marquesa, con el brazo extendido hácia el miserable, terrible, á pesar de su vejez, y cual si fuera la personificacion

de la justicia, continuó:

—¡S', hablaré! ¡Ah! mi hija os ha conocido, no me cabe duda de ello, y confiaba en que no hab a de reconoceros yo.....¡es tan buena! ¡Os perdonaba; todo lo adivino ahora! Mas yo no so como ella, y quiero que se haga justicia. Vacilar a tal vez al hacerlo, si vuestros hijos estuviesen presentes; pero vuestra madre tiene el deber y el derecho de juzgaros....

Mamá Renaud respiró un momento, y sec LA AMERICANA.—61 fialando siempre al marques con el brazo tendido.

Honorato se habia puesto de rodillas, com-

pletamente atontado.

-Señora marquesa, es preciso que sepais que mi hij era amada por un hombre tan hermoso y tan bueno, como miserable es este. Un dia, estando mi hija en cinta, éste vino á buscarme y nos dijo que su madre habia muerto..... ¡Mentira!..... Para que saliéramos de Paris, en donde, sin duda, le estorbábamos; se atrevió à ofrecernos dinero..... ¡Dinero à no. sotras! Nos marchamos, sí, para ocultar nuestra vergüenza y acostumbrarnos á ella..... Oh! he sufrido cruelmente, he llorado meses enteros; pero todo se borra en este momento, sí; todo se borra, porque acabo de descubrir que el hombre amado por mi hija no nos habia engañado; era tal como le juzgué yo en un principio, incapaz de una cobardía..... ¡Y yo que llegué á aborrecerle, á maldecirle!..... Querido Juan, tú á quien tanto queriamos, si no volviste, es porque habias muerto.....

La pobre mamá Renaud tuvo que interrumpirse, porque las lágrimas la iban ahogando.

La marquesa tambien lloraba, habia caido sentada sobre una silla y se tapaba la eara con las manos.

De repente se levantó, se abalanzó hácia María, y abrazándola con loca ternura: —¡María!..... jhija mia! ¡Sois vos la mujer de mi amado Juan!..... ¡El amado de mi nieta es su hijo!..... ¡Y me lo ocultábais!....

—Esperábamos tambien ocultaros siempre la conducta de Honorato, dijo Brettecourt en voz baja. La noble mujer que vuestro hijo tanto amaba, ha jurado traer á vuestra casa la felicidad y la paz.

-¡Teníais compasion de un hombre que no lo merece! dijo con severidad la marquesa.

Y fijó una mirada despreciativa sobre Honorato, que poco á poco habia ido cayéndose, temblando como un azogado y con los ojos empañados, los lábios descoloridos y cubiertos cun una espuma blancuzca.

Reino algunos minutos un largo y triste si-

lencio.

Nadie se atrevia á hablar despues de lo que

habia dicho la marquesa.

María Renaud estaba profundamente conmovida al ver a aquel infeliz despreciado por su madre y en quien no queria ella ver más que al hermano del hombre a quien habia amado.

Su Juan, tan bueno y generoso, ¿no le hu-

biera perdonado á pesar de todo?

Brettecourt, á su vez, se acordaba de la afectuosa indulgencia que su amigo habia tenido siempre para Honorato.

Además, ano habian decidido María y él

que aquel dia seria un dia de paz y de perdon?

Mamá Renaud estaba asustada de lo que habia hecho. Su ira se habia desvanecido ya.

Poco á poco Honorato se fué levantando, y fijaba una mirada suplicante en María y en Brettecourt.

Ambos, sin titubear, fueron hácia él y le

dieron la mano.

El marqués apretó con fuerza la de Brettecourt; y apoderándose de la de María, la regó con sus lágrimas.

Se dirigió despues á mamá Renaud, balbuceó algunas palabras confusas entre las que iba mezclada la de perdon.

La buena anciana no supo qué responder, y ya Honorato la habia dejado para arrodillars se á los piés de su madre.

No tuvo valor para decir una palabra; pero

sus sollozos estallaron con fuerza.

La marquesa se sintió por un momento invadida de terrible ira.

-; Deberia echaros de esta casa! exclamó. Pero vió fijas en ella las miradas suplican-

tes de María y de Brettecourt.

—Os perdono por la memoria de vuestro hermano; os perdono porque el conde de Brettecourt lo quiere; os perdono por amor á esa adorable mujer, que fué la amada de mi hijo y á la querré siempre como á la mejor de las hijas..... ¡María!

Y abrió los brazos á la madre de Juan, que

se precipitó en ellos exclamando:

-¡Madre mia!

—¡Acercaos aquí tambien! dijo la marquesa á mamá Renaud. ¡Ah! no nos separaremos nunca.

Brettecourt levantó á Honorato y se lo

llevó.

El desgraciado no se daba cuenta de sí mismo; esta última escena le habia quitado la poca energía que le quedaba. Toda reaccion se hacia imposible.

Brettecourt le empujaba como si fuese un

niño, diciéndole:

-Vamos, venid, querido marqués.

El general quiso llevarle á su cuarto antes de que Federico y Enriqueta pudieran verlo en aquel estado de postracion.

Y lo consiguió.

Los enamorados jóvenes habíanse quedado en el piso bajo, divirtiéndose en recorrer los vastos salones, formando mil proyectos para amueblarlos, para dar en ellos soirées; Luisilla era la que más hablaba de bailes y de fiestas.

Cuando al fin subieron todos al principal, se sorprendieron algo al verá la marquesa, á María y á su abuela llorando; pero atribuyeron aquellas lágrimas á la emocion que experimentaban por hallarse todos reunidos en aquel dia despues de tantos sinsabores, y nadie habló del marques.

Juan Renaud fué el único que presintió lo

que habia pasado.

-¿Y mi padre, preguntó Federico, no le

habeis visto?

—Sí, hijo mio, dijo la marquesa con bastante calma; pero estando aún cansado y algo indispuesto, se ha ido á su cuarto con el conde de Brettecourt.

-¿Me voy con ellos?

—No, hijo mio, déjalos: puede ser que tengan que hablar solos.

La ausencia del marqués no podia expli-

carse de un modo más sencillo.

Y la dicha no cesó de reinar, sin mezcla alguna de amargura, entre aquellos séres que tan cruelmente habian sufrido durante algunos meses, y que tan bien recompensados se hallaban ahora.

Brettecourt se habia encerrado con el marqués en la habitación de aste.

Honorato seguia temblando.

Esperaba sangrientos reproches de parte de aquel amigo que tan apasionadamente habia querido à su hermano.

No podia convencerse de que le perdonase plenamente todas sus maidades, pues comprendía que era indigno de piedad. Creia firmemente que Brettecourt iba á vengarse ahora por haberle desterrado él durante tantos años de aquella casa, cuya honra acababa de salvar; que iba á vengarse con alguna terrible palabra de que Honorato se asustaba de antemano.

Y por el contrario, el conde, con una bondad perfecta, le ayudaba á recostarse, le cuidaba afectuosamente y le llamaba amigo mio.

Para aquella alma nobilisima, una vez concedido el perdon, la falta quedaba olvidada para siempre.

No veía ya en el marqués más que á un desgraciado, á un hombre que necesitaba consuelo.

Todo en aquel dia tenia que ser paz y tranquilidad.

Una vez recostado el marqués en el canapé, Brettecourt le cogió las manos y se las apretó con cariño.

—¡Ah! ¡es demasiado! ¡es demasiado! murmuró el marqués. Tanta bondad me anona-

da..... Preferiria estar muerto!

—Debeis vivir y vivir contento y feliz para que nada turbe la dicha de los que os quieren, dijo con gravedad Brettecourt. Olvidad lo pasado como lo olvidan ellos.....

-¡Olvidais vos, María Renaud olvida tams

bien; pero.... mi madre!

Cuando acababa de pronunciar estas palabras la puerta se abrió, presentándose la marquesa.

Honorato se tapó la cara asustado por la

LA AMERICANA.

mirada terrible de la anciana.

—Brettecourt, dijo ella, los niños preguntan por vos; id con ellos; ocuparé yo vuestro sitio al lado del marqués.

El conde pensó que la marquesa queria es-

tar sola con su hijo y se retiró.

La anciana se instaló al lado de Honorato sin dirigirle la palabra, procurando simplemente que su cara expresara más dulcura y su mirada mános severidad.

Honorato la observaba sin cesar, esperando que, como el conde, le dirigiera alguna palabra afectuosa; pero la marquesa cogió un libro y se puso a leer con mucha atencion.

Honorato balbuceó entónces:

-¡Madre mia!

La marquesa le miró con indiferencia:

-¿Qué deseáis, marqués?

Mas él, tendiendo hácia ella sus manos suplicantes, le dijo con voz temblorosa y llenos de lágrimas los ojos.

-¡Llamadme hijo!

¿Qué pasó entónces en el alma de la an-

¿Creyó obedecer á una inspiracion de su difunto hijo?

¿Obedeció simplemente á un impulso de su corazon de madre?

Una emocion casi nueva para ella, pues hacia muchos años que no la sentia, se apoderó de todo su ser.

Allí no habia ya un juez ni un reo; pero sí una madre delante de un hijo horriblemente desgraciado.

-¡Hijo mio! exclamó:

Y le abrió francamente los brazos.

Honorato se precipitó en ellos y lloró mucho tiempo, apoyado en el pecho de la anciana.

Ella le estrechaba febrilmente y se decia que volvia por fin á encontrar á su hijo, á quien consideraba como perdido para siempre. Acababa de conquistarle, de sacarle de las garras del maléfico espíritu.

Un solo individuo en todo el palacio, no estaba satisfecho de la marcha que habian tomado los acontecimientos.

Este era Polidoro Guepin.

Fiel á sus costumbres, habia espiado, se habia enterado de to lo cuanto habia ocurrido, y esto le habia sumido en un profundo desaliento.

En aquel instante estaba en su puesto más usual de observacion: en el tocador del marqués, desde donde veia y oia todo lo que pasaba y se hablaba en la habitación de su amo.

LA AMERICANA.—62

Cuando vió á éste en brazos de su madre, exclamó con ira:

-¡Ah, esto es ya demasiado!

Y cayó sobre un asiento, en un estado de postracion tan lamentable, como el del marqués.

A tanto llegaban sus maquinaciones y sus

villanías.

El mal le alimentaba; el bien le destruia la existencia.

El márques, á quien creia dominado completamente por él, del que sacaba directa é indirectamente pingües beneficios, caia nuevamente bajo el dominio de su madre, es decir, que se le escapaba para siempre.

—Ya nada se puede hacer en esta casa,

pensó.

Y en efecto, no se equivocaba.

Un ser como él no podia vivir por más tiempo en una mansion en donde la honra iba á reinar en adelante.

Poco á poco Guepin se enderesó y recuperó su energica audacia de bribon.

—¡Tomemos la delantera! se dijo.

— Despidamonos! antes de que nos despidan! Esta vieja marquesa no me dejaria mncho tiempo aquí.

Llamó á la puerta y entró sin esperar respuesta. —¡Perdonad! dijo, creia que el señor marqués estaba solo.

Honorato con un gesto le mandó que se retirase; pero Guepin fingió no haberle visto.

-¿Qué se os ocurre? preguntó la marquesa

con enfado,

—Necesito hablar con el señou marqués, resplicó Guepin sin turbarse.

- Más tarde, balbuceó Honorato.

-¡Ah, no señor, en seguida! Vengo á decir al señor marqués que tengo el sentimiento de dejar su servicio.

—No, no es eso, interrumpió bruscamente la marquesa, veníais á anunciar á mi hijo que os echo yo..... ¡Salid!..... os daré la cuenta dentro de algunos momentes...... ¡Idos; no quiero que paseis aquí la noche!

—¡Está bien, está bien! murmuró Guepin retirándose. He aquí el agradecimiento que me manifiestan despues de tantos años de buen nos servicios

Y desapareció encogiéndose de hombros y diciendo en son de mofa:

-¡No paseis aquí la noche!.....¡Cómo si

fuera esto un lugar sagrado!

Durante algunos instantes aquel pillastre no tuvo en la boca más que palabras insultantes, desahogando sus antiguos rencores contra la marquesa, contra Julieta y contra Federico, que tan bruscamente le habian apartado de su amo la vispera.

LA AMERICANA

Y se prometia insolentarse con la marquesa

en el acto de entregarle esta cuenta.

Sin embargo, cuando el momento llegó, la valentía le abandonó de repente, pues la anciana señora le habia inspirado siempre un gran temor.

Acababa de preparar su maleta llena de objetos en su mayor parte robados al marqués, cuando le avisaron que la marquesa viuda le

estaba esperando en su cuarto.

Fué alli, y respetuosa é hipócritamente se atrevió à pedirle una certificacion de sus largos y leales servicios. Pensaba que tal documento, dado por la marquesa de Villepreux, le permitiria encontrar pronto una buena colocacion.

-Si quereis que os la dé de hipócrita y embustero, dijo la anciana, estoy pronta à redac-

tarla.

Aquel infame estuvo á punto de rebelarse; se sonrió con maldad y se preparaba á vengarse, soltando alguna venenosa palabra dirigida á Honorato; pero tuvo que inclinarse ante un gesto magestuoso de la señora.

Como la mayor parte de los bribones, tenia

un gran fondo de filosofía.

-¿De qué me serviria? murmuró. Y se fué sin despedirse de nadie; bajó él

mismo su maleta y demás paquetes, y despues de cargarlos en un coche, se quedó algunos instantes contemplando el palacio de Villepreux; sentia un verdadero dolor por tener que dejar aquella casa, en la que habia esperado acabar sus dias con la mayor comodidad.

-Es preciso resignarse, dijo por fin, Bara-

doux se encargará de colocarme.

Y dió órden al cochero de marchar.

Una vez desembarazada de él, la marquesa exclamó:

-Me parece que ahora voy à respirar con más tranquilidad.

XXVIII.

LECCIONES DE FILOSOFIA.

Una grande agitacion reinaba en el hotel de los americanos, cuando el dueño y el señor Baradoux entraron en él, despues de la expli-